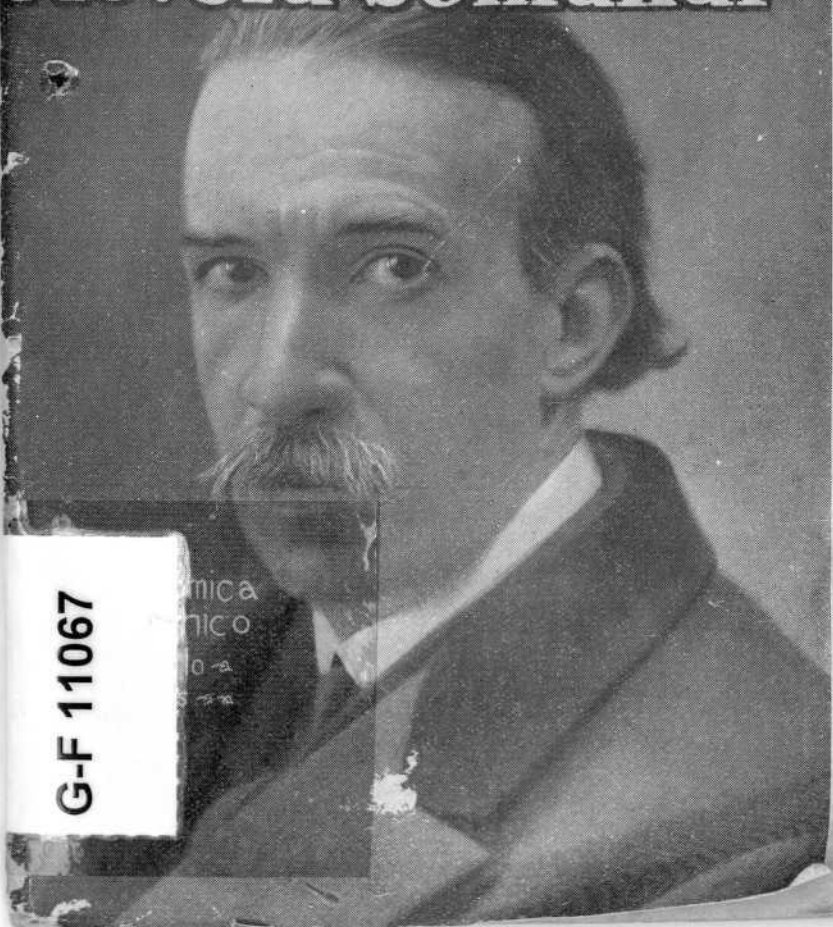


La
Novela Semanal



G-F 11067

mica
nico
o a
s 79

DGCL

A

RECEIVED BY THE DIRECTOR OF THE BUREAU OF THE ARMY AND AIR FORCE

RECEIVED BY THE DIRECTOR OF THE BUREAU OF THE ARMY AND AIR FORCE

RECEIVED BY THE DIRECTOR OF THE BUREAU OF THE ARMY AND AIR FORCE

colf

t. 136968 C- 1207281

PUBLICACIONES PRENSA GRAFICA

AÑO II

14 DE ENERO DE 1922

NUM. 29

Historia cómica de un pez chico

Novela de LUIS BELLO

(ILUSTRACIONES DE BAGARÍA)



HERMOBILLA, 57 - MADRID



R. 103872



HISTORIA CÓMICA DE UN PEZ CHICO

I

Descubrimiento de la Naturaleza

1.—ESTO ES MUY CONFUSO

HE puesto «Historia cómica». Quizá haya hecho mal: primero, porque el lector esperará divertirse mucho con las cosas que pueden pasarle á un pez chico y yo no estoy seguro de tener gracia para hacerle reir; segundo, porque el pez, el propio pez, el que más me interesa, hallará motivo para disgustarse conmigo cuando vea que no tomo en serio su vida y salgo á contarla en una historia cómica. Pero el pez está ya muerto. ¿Ustedes creen que puede hacerme algún daño el espíritu de un pez chico muerto? Yo, desde ahora,

le conjuro: « ¡No, amigo mío! Si tu historia es historia cómica, es porque todas las historias del mundo son siempre algo cómicas, y no quiero ponerme en ridículo tomándolas en serio. Pero yo estoy siempre de parte de los peces chicos. En otras historias, romances y novelas, cómicas ó picarescas, nunca me he reído cuando el pez grande se come al chico, ni siquiera cuando los duques preparan farsas á Don Quijote... Ya ves, amigo pez, si seré poco dado á burlas, que en todo Gran Tacaño me remonto al clemente Pablo, al hombre, hijo de madre, aunque sea bruja.» Esto le diré y se conformará, porque, en definitiva, ¿qué le importa á un pez chico que su historia sea calificada por los hombres de cómica ó de trágica?

De mucho tiempo data mi interés por los peces chicos. Desde sus peceras de cristal, ¡me han mirado tantas veces con sus ojos esféricos, estupefactos! ¡Se han quedado con la boca abierta, de tan buena fe, por una palabra cualquiera que yo pronunciaba sin darla importancia! Una vez me ocurrió el pequeño accidente de verme obligado á regalar alguna chuchería á una amiguita, actriz, la noche de su beneficio. Pensé mil cosas, todas vulgares. Seguramente el lector habrá seguido, en

ocasión análoga, un itinerario parecido al mío; pero yo fui á dar con algo original, muy económico: el pez chico, el pez rojo, de brillantes irisaciones, en artística pecera. Algo decorativo, entretenido y nuevo, con su intención moral, no porque recordara que en los primeros siglos del Cristianismo el pez simbolizaba al Cristo, sino porque la bella actriz tenía, entre innumerables virtudes y excelencias, un solo defecto, que á nadie perjudicaba como á ella misma: la ligereza—pero éste llevado á la intrepidez, á la temeridad—, y todos deben saber que el pez en heráldica significa prudencia. Imaginé que sólo con mirar á mi pez en momentos de apuro ó arrebató, cuando nadie sino el pez se hubiera atrevido á vigilarla, la exaltada amazona se diría: «¡Prudencia!» Todas las personas de temperamento demasiado vivo conocen el valor de un aviso oportuno y discreto. ¡Prudencia! Llevé la pecera debajo del gabán, y cuando iba á entregarla, un amigo officioso me detuvo: «No haga usted semejante disparate. ¡Lagarto, lagarto! Un pez en su pecera trae mala suerte. Es lo peor de lo peor, y la niña no se lo perdonaría á usted nunca.» ¿Cómo iba yo á sospechar que aquel pobre pez era lo peor de lo peor? Mi intención me pareció buena, y alarmado

por el susto de los dos ó tres íntimos que acudieron á aconsejarme, busqué manera de deshacerme del obsequio. ¡En cualquier parte, debajo de cualquier mueble! Pero entonces intervino la perversidad de una doncella, que, como doncella de una actriz, discurría con más sutileza que Mefistófeles. «Lo único que puede usted hacer para que no se enoje, es ponerlo en el cuarto de la señorita Eva, para que le lleve la mala sombra á ella.» Fui cobarde, cometí la vileza; y aquella noche mi pez, más silencioso y enigmático que nunca, durmió en el camerino de la rival. Yo, mientras tanto, pensaba: «He cometido tres indignidades: una con la hermosa Eva, sometiéndola, sin defensa, al influjo malféfico; otra conmigo mismo, respetando la bárbara superstición, y la tercera con el pez, abandonándole debajo de un diván.



Pero, ¡de cuántas cosas absurdas hay que ser cómplice si se penetra entre bastidores!» Cuando volví al teatro—casi sin querer, y más bien acosado por los remordimientos—

aseguro que no fué por Eva, ni por mi rencorosa

amiguita, sino por el pez. En el fondo, yo no estaba tranquilo. Y en efecto... Aquí cometería la cuarta indignidad si por impresionar al lector atribuyera al maleficio del pez las locuras que en aquella época cometió mi ilustre amiga, porque con pez y sin él era terrible; ni el fin temprano de la pobre Eva—tan hermosa y tan blanda de corazón—, fin lastimoso de que no tuvo culpa ningún sortilegio, sino la morfina. Pero, en efecto, hubo una víctima. Mi ignorancia de las supersticiones costó una vida: la del pez. Cuando acudí á salvarle era ya tarde: la mujer que barre el teatro por la mañana se lo había comido. Sabía á perfume, según me dijo. Desde entonces, la desgracia de los peces chicos me conmueve como fatalidad de la que soy en cierta medida responsable. Y por eso, sin duda, cedo á la tentación de contar la historia de este otro pez, como sólo puede contarla quien tenga debilidad antigua por los peces chicos.

Lo que está muy confuso—aparte de alguna intrusión, que yo no me explico, del elemento trágico en esta historia cómica—es el cuándo y cómo he averiguado las cosas que cuento. ¿Las he leído en los ojos de esos peces de pecera de cristal que parecen estúpidos á los estúpidos, pero que, en realidad

llevan detrás un mundo, como las antiparras de un sabio? ¿Habrá habido transmisión del pensamiento, sin saberlo yo, pero con plena conciencia y voluntad del pez que está mirándome, impassible, como un ídolo, al otro lado del cristal de su pecera? ¡Qué idea tan terrible—y tan cómica—la de suponer que pudiera darse aquí algo de transmigración! Sea lo que sea, contaré lo que sepa. Vamos al pez.



2.—INFANCIA.—UNANIMIDAD

Amaneció en una playa de arena suave, entre las más finas y las más delicadas algas que pueden servir de cobijo á un pez bien nacido. Amanecer era nacer. Un simple movimiento, y nacer era vivir, nadar, valerse por sí mismo... La suavidad de aque-

llas algas, tibias como una cabellera maternal, como un plumón, influyó mucho en su temperamento y en su carácter para toda la vida. Pez de roca, pez rudo, pez de acción. El pez de playa suele ser ingenuo y meditativo.

Nació y halló en seguida el trato de millares de congéneres que, indudablemente, eran sus hermanos. Pasaban las madres, los padres, innúmeros, como amables monstruos de movimientos solemnes. Debían de tener en la cola y en las aletas multiplicadores de velocidad, porque sus gestos eran lentos y, sin embargo, la marcha muy rápida. Pasaban como dioses, sin hacer caso de los chicos. Un aletazo les llevaba lejos, hasta perderse de vista, y otro les traía. Eran como relámpagos de plata y fuego, mientras que los pequeños tenían el mismo color de las algas donde habían nacido.

Primera maravilla: si á un experto naturalista le damos el trabajo de clasificar á nuestro pez, probablemente le haríamos pasar mal rato: las branquias..., las aletas..., las escamas... Y el pez, sin saber nada de nada, sin ciencia y sin experiencia de la vida, sin poderse contar las propias aletas, ni mucho menos examinarse el sistema óseo ni el aparato respiratorio, no hizo sino nacer y clasificarse, yéna

dose á su sitio: «Estos son los míos» se dijo, sin dudar un momento. ¡Qué felicidad encontrarse entre amigos, entre hermanos, y vivir y crecer en bandada, es decir, en perfecta unanimidad! ¡Hacer al mismo tiempo los infinitos descubrimientos que ofrece á los peces nuevos el fondo del mar! Sin excepción, todos piensan igual sobre las cosas que se comen y las que no se comen, y si alguna vez sobreviene lucha, es porque todos se lanzan á devorarlas al mismo tiempo. ¡Unanimidad en los sentimientos primordiales: el deseo, el terror, la curiosidad!

La curiosidad es el más vivo y el más honroso de los sentimientos del pez en sus primeros años. La infancia quiere saberlo todo. Entra por todas partes: se mete por los huecos de las peñas á visitar esas cavernas minúsculas tapizadas de liquen, y que se cierran cuando el pez está dentro cubriendo la entrada con un tupido fleco de minúsculas plantas rojas y convirtiendo el escondrijo en cárcel ó pudridero; muerde en algas, rocas y conchas, en el caparazón de las tortugas, y, lo que es peor, se aventura por la guarida de las arañas malas y por el antro de los pulpos. Los peces padres les dejan hacer sin decirles una palabra, por varias razones, entre las cuales no es la principal que los peces no se co-

muniquen por palabras, sino la convicción en que están de que la experiencia no es transmisible y nadie escarmienta en cabeza ajena.

3.—VIAJE AÉREO

Una vez, la banda infantil, alejándose de las suaves arenas y del limo, es decir, de su campo de juego y de sus pastos, fué á dar en una costa de rocas calcáreas, donde nunca está tranquila el agua del mar, sino que se mueve en rápidas y misteriosas corrientes. Un rumor extraño, que no era el rumor de la resaca, sonaba alternativamente y á veces era como un estampido que llegase desde lejos. Detuviéronse, con los ojos muy abiertos, todos los peces chicos, dispuestos á dar media vuelta; pero sin sentirlo se hallaron cerca de un agujero, en cuyo fondo relucía algo luminoso y fosforescente. La curiosidad los deslumbró. En la boca de aquella entrada las algas se sumergían como sorbidas, y apretando el saliente de una roca con violenta crispación, vieron la pata de un cangrejo, arrancada de raíz. Aquella terrible mutilación debió ponerles en guardia, porque donde pierde la pata un cangrejo no puede ocurrirle nada bueno á un pez chico. Pero el

agujero les llamaba y la curiosidad también. Toda la banda fué acercándose, y cuando estuvo frente por frente de la cueva, el rebaño sintió como si tiraran de él y la roca se lo tragó. La cosa parecía, al principio, muy divertida. Iban con rapidez vertiginosa por estrecha galería, iluminada por miriadas de zoófitos fosforescentes, y la velocidad ha sido siempre uno de los grandes placeres del pez. «Es una aventura—decían—; un camino nuevo que nadie ha visto antes de nosotros.» Mientras pudieron timonear, todo fué bien; pero la fosforescencia dejó de alumbrarles y pronto la marcha se hizo tan acelerada que tropezaban con las paredes del túnel y viajaban, no como peces, sino como proyectiles. No había nada que hacer sino dejarse ir, y nadie pensaba tampoco en defenderse. Además, el estruendo crecía y los estampidos llegaban á ser pavorosos. ¡Ah! Estas aventuras, ¡qué bien para contadas luego, cuando uno se ve sano y salvo! Pero mientras no se halla la salida y se viaja á ciegas por un tubo de cañón, hasta los peces pierden la sangre fría.

De pronto, una parada; un reflujo que les hizo amontonarse, aplastarse y volver atrás. Luego, un tirón más formidable y más bárbaro, hasta que,

por fin, el cañío de agua, y con él toda la banda de peces chicos, salió disparado con gran estruendo por encima de las rocas, á enorme altura. Volaba por el aire el pobre pez de playa, que no estaba hecho para volar, tanto tiempo y tan alto que ya no era el ímpetu con que le arrastraba la corriente lo que le quitaba el aliento, sino algo todavía más grave. Falto de agua y á punto de ahogarse, aún le quedó vanidad para pensar: «Ningún pez ha volado tan alto como yo.» Abrió los ojos y la boca, con la angustia del que no puede respirar, y cuando empezaba á darse cuenta de que se lo llevaba el viento, volvió á caer otra vez en el agua y se sintió feliz. A otros hermanos los había echado el surtidor sobre las rocas, en tierra firme. Los pocos que podían volver formaron de nuevo bandada, y como una escuadrilla deshecha tomaron rumbo hacia su playa. Algunos peces padres les guiaron sin pronunciar ningún sermón ni preocuparse de los que faltaban. La prudencia heráldica no se desmentía en ellos, ni en los peces chicos, que desde aquella ocasión aprendieron á desconfiar de los agujeros fosforescentes. Sabían ya desconfiar de otras muchas cosas, y poco á poco iban formando su ciencia de la vida:

¡Antes de acercarte, huyel

¡Huye de todo cuanto se arrastra por el fondo del mar!

¡Huye de los peces chicos que no sean como tú y de los peces grandes, aunque sean como tú!

¡Huye de todo lo que se mueve!

¡Huye de todo lo que está demasiado quieto!

¡Huye de lo desconocido!

¡Huyel... Ya que no tienes fuerza para herir, ni espada, ni sierra, ni doble hilera de dientes, ni corpulencia, ni tinta como el calamar, ni electricidad como la tremielga, ¡huyel! Tu fuerza está precisamente en saber que no tienes ninguna fuerza y en comprender que un pez chico es nada, menos que nada en la inmensidad de los mares. ¡Huye, primero, y luego, vuelve; pero siempre dispuesto a huir!



4.—VIAJE AL SOL

Las aventuras tienen atractivo irresistible para los que han probado una vez su gusto ácido y han sentido el divino calofrío de las emociones extraordinarias. Mientras crecía, en su prado de verde limo, el buen pez se acordaba del momento terrible en que salió del surtidor, disparado como un clavo de metralla. Iba por un espacio infinito, alumbrado por una luz semejante á la del fondo profundo del Océano, más allá de la playa, tachonado también de innumerables zoófitos fosforescentes, que eran las estrellas. Pero la noche del aire tenía una transparencia maravillosa y la luz se desparra-maba por una inmensidad tal como jamás podía contemplarse en el fondo del mar, cerrado siempre por la cortina de las aguas. Y si así era la noche, ¿cómo sería el cielo á la luz del día?

Esto le preocupaba, sin determinarle á emprender el viaje por sí solo; pero en cierta ocasión, encontrándose lejos de la playa con unos cuantos compañeros de la bandada, extraviados, pero sin miedo, resolvió guiarles hacia la superficie, lo cual era bien fácil y no había sino querer. Todos le siguieron, y á medida que iban llegando á capas ma-

rinas de un verde más claro y luminoso, nadaban más de prisa, como si todos sintieran, lo mismo que él, la voracidad de la luz. Sí. Es cosa bella y espléndida la luz del día. Es como un manjar celeste, como un espíritu embriagador, inagotable, renovado todas las mañanas y puesto, todo entero, á merced del más humilde pececillo. Bañarse en esa linfa tibia y dorada es grato para el hombre que viene de la tierra; pero mucho más delicioso para el pez que viene de frías y lóbregas profundidades. Si se mantuviera en ella, su sangre sería más caliente y llegarían á nacerle alas, como á los voladores.

Esto sentían, unánimes, y lo demostraban con locas carreras y juegos de delfín, sin dejar de subir hacia la superficie, cuando vieron interponerse entre ellos y la luz solar un cuerpo de enormes proporciones, que no era otra cosa sino la quilla de un buque. Pendía de sus costados una red. Sólo con pasar, toda la banda quedó prendida en las mallas, que formaban como un enrejado en el oro del sol. Era la barca de unos pescadores improvisados, ignorantes del oficio, porque los cabos de la red amenazaban engancharse al timón. Cuatro muchachas encantadoras, con sus *jerseys* y su boina marinera,

habían salido á pescar de madrugada, al terminar el baile. Embarcaron con ellas otros tantos muchachos, sus cortejos, y para dar respetabilidad á la expedición habían despertado á D. Magín, el preceptor, y le habían arrastrado á la lancha, medio dormido todavía. Gobernaban ellas. Ellas habían izado la vela y tendido la red, y todo era tan nuevo y tan gracioso, que sus risas llegaban al oído de los peces como cantos de sirena. No sería la primera vez que, trastrocando el mito de Ulises, la hija del hombre atrajera á los monstruos marinos. Pero, así como los caballos de sangre, los barcos conocen la mano que los lleva. Comenzó la vela latina á tabletear sobre el palo. Costó gran trabajo reducirla. Luego, emprendió un rumbo resabiado, el rumbo que ella quiso, y, finalmente, nunca jamás habría tropezado con un solo pez si la bandada de nuestra historia no hubiera querido salir á su encuentro. Abalanzáronse las muchachas sobre la red, tirando con todas sus fuerzas, porque comprendían que algo extraño pasaba, y las muchachas pidieron auxilio al preceptor, en vista de que sus galanes habían sacado una baraja y jugaban á un juego inglés de hombres de sangre fría que se llama el *póker*.

Así es que al asomar nuestro pez sobre la super-

ficie de las olas, el primer rayo de luz que le deslumbró no venía directamente del sol, sino de las gafas de D. Magín. D. Magín se esforzaba en tirar al mismo tiempo que las bellas sirenas, pero era inútil, porque la red estaba ya enganchada en el timón y la lancha viraba súbitamente, exponiéndose á la traición de una racha de viento. Llegó el pez á tiempo de presenciar la escena. El grupo de poke-ristas, con las cartas en la mano y el cigarro en la boca, sin hacerse cargo de lo que ocurría. Las muchachas, entre risas aún, pero un poco pálidas, gritando:

—¡Don Magín, no suelte usted!

—¡Si me quieres, Magincito, no sueltes.

—¡Que yo no puedo, D. Magín; que yo lo dejol

Otra bordada brusca, y la red tiró suavemente de D. Magín y se lo llevó al agua. Cayeron al mismo tiempo el preceptor y el pez, y fueron sumergiéndose con la misma velocidad. El pez iba ebrio de alegría. Había visto la inmensidad del cielo y en lo alto una luminaria que no podía compararse á nada de lo que duerme bajo la superficie del mar. Era la maravilla más grande de la Naturaleza, y por verla valía la pena de afrontar el peligro de la red y el momento de angustia que proporciona la su-



El naufragio de D. Magín

mersión en el aire. Mientras descendía miraba con profundo respeto á aquel ser gigantesco que se iba también al fondo, rodeado de brillantes burbujas, cada una de las cuales era como una copia en pequeño del globo del sol. ¿Qué papel desempeñaría en el mundo, entre aquellas sirenas de nácar y rosa? Relucían las gafas. El chaquet, abrochado, dejaba sólo flotantes los faldones. Iba muy digno y apenas si se había alterado un poco su sonrisa servicial. El respeto que el pez chico sentía ya por él, se aumentaba viendo con cuánta serenidad descendía hasta regiones por donde no suele andar el hombre, y nadie hubiera podido convencerle de que en la barca y en tierra, antes de ahogarse sin murmurar una sola queja, también era un pez chico D. Magaña.



II

Sentimientos inefables

1.—LA ALEGRÍA DE VIVIR

Para un artista—y todos los peces lo son: basta ver la originalidad y la brillantez de su atavío—, sólo el hecho de vivir es suficiente á proporcionarle la felicidad. ¡Qué espectáculo tan hermoso nos ofrece el mundo desde que el Sol amanece hasta que se apaga la última estrella detrás de la más negra y terrorífica nube! No sé si el lector ha buceado alguna vez, nadando con los ojos abiertos para coger en la playa un puñado de arena ó para pasar bajo la quilla de una goleta. Acaso se haya sumergido como yo para golpear dos piedras, que retumban dentro del agua como campanas de madera sonora. Si lo ha hecho, habrá visto cómo se agrandan y magnifican las formas sumergidas y qué tono de misteriosa vaguedad toma la figura del hombre con las líneas arbitrarias y mo-

vedizas y el color fantasmático en un fondo verde borroso—verde mar—, donde todo destaca junto á las candilejas del breve escenario, porque el horizonte es corto y no hay segundos ni últimos términos. Si se magnifican las formas y los sonidos tienen mayor resonancia, yo quiero creer que ha de ocurrir algo semejante con los sentimientos, sobre todo con el sentimiento de la admiración, é imagino que nadie como el pez para amplificar su sorpresa ante la belleza del mundo en que una infinita serie de buenas fortunas le hizo nacer.

De aquí sus ojos pasmados, maravillados, por una especie de encanto multiseccular ante la hermosura de la Naturaleza, encanto transmitido de padres á hijos, estilizado en el gesto de su boca perpetuamente abierta y de sus labios carnosos, sensuales, que besan el agua al respirarla.

Y un pez más sensible que sus hermanos, por predisposición natural á la poesía, nacida, sin duda, de la conciencia de su propia perfección, tenía que vivir en perpetuo himno triunfal. Había dominado nuestro pez las pequeñas dificultades de la vida en su playa. Conocía todos los peligros y el modo de huirlos. Se había asomado á la luz de las estrellas y á la del sol. Nadie sabe lo que es la vida



El encanto del mar

de playa cuando se hace desde fuera, como bañista, en vez de hacerla desde dentro, como pez. Esas amplias y curvas estrías que va formando cada ola en la arena de oro, donde el sol pone como una red de luz brillante, barnizada, nueva; esa bulliciosa esmeralda que quiebra sus cristales innumerables y que se complace en descubrir el fondo con la más viva transparencia, no le ofrecen al hombre sino la mitad de su sentido. El pez juega desde el mar á un juego que para ser magnífico tiene hasta el peligro de la vida. Avanzar con la ola, invadir la playa y retirarse á tiempo, antes que ella, por no quedarse en seco. Rodear el pie de Galatea, y mientras ella huye hacia tierra, huir como un relámpago hacia el mar, más rápidos, más luminosos, más bellos, más heroicos que la dueña del blanco pie que no expone nada en su insípido juego.

Y luego sumergirse más allá de las grandes rocas, donde habitan crustáceos gigantescos y monstruos lentos cuya vista hace estremecer, para volverse á toda máquina, traspasados de pánico... El Terror es sal y pimienta en la vida del pez. El Temor también se amplifica y llega á ser uno de los dos demonios brillantes, uno de los dos demiurgos.

El otro es la Voracidad. Así como los dos demonios sombríos que viven en las capas profundas se llaman el Estupor y el Tedio. Saber todo esto para un pez ligero, alado, pequeño y coloreado como un pájaro mosca, hubiera sido aumentar el valor de la vida. Pero nuestro pez empezaba á enterarse. Crecía. Aumentaban sus fuerzas y su velocidad. Sus dientecillos trituraban hasta las valvas de las ostras y era infinito el número de cosas vivas ó inertes cuyo sabor conocía por propia experiencia. Una vez, en las excursiones de su bandada, fué á parar al mismo sitio en que se había hundido el cuerpo de D. Magín, el preceptor. Huyó, primero, al verlo, según reglas; y cuando todos sus hermanos volvieron á abalanzarse, todavía él se quedó un rato, contemplándolo lleno de inquietud. El respeto de haberle conocido sobre la lancha, con sus gafas brillantes, sus canas y su sonrisa resignada, le contenía. Pero el chaqué de don Magín flotaba en harapos. Los cristales no relucían, ni las pupilas ni el blanco de los ojos que en aquel momento de angustia, cuando se sintió prendido en la red y ya fuera del agua, había visto brillar como una perla. Nada podía defenderle, puesto que si los harapos alarmantes se movían era sólo

por juego, y como otros habían empezado ya, la bandada cayó sobre aquella presa declarándola buena. Porque los peces saben todos los riesgos del mar: conocen bien á su mayor enemigo, al hombre, que no se contenta con devorarlos, sino que les aplica el tormento del fuego, de la cazuela y de la sartén. Tanto más frescos y más vivos, tanto mejor para el aceite frito. Ellos aceptan los riesgos de su vida descuidada é inocente. No tienen defensa, y huyen; si no pueden huir, mueren. Es la quiebra de su juego contra el hombre. Pero alguna vez llega la quiebra del juego del pescador.

Y es una alegría más en la vida del pez saber que llegará momento en que el monstruo terrible, armado de anzuelos, arpones, redes é inteligencia, caiga en su poder. Esta vez el monstruo terrible era D. Magín, el preceptor.

2.—PRIMER DIÁLOGO CON UN PEZ SABIO

Llegó la época en que todas las bandadas de peces de la misma especie se reúnen en inmensa procesión y emigran al país de donde proceden. Cuando un ejército emprende la marcha, todos son preparativos. acopios, impedimenta. La banda

de peces emigradores, que no lleva nada consigo, no necesita ni la voz de marcha. Sale uno y salen todos. En la expedición militar, el soldado gruñe, teme, sufre. En esta emigración, cada pez va guiado por su destino personal, que por maravilla inexplicable para nosotros, hombres, es también el destino de su raza. A ninguno de ellos se le ha ocurrido trabajar, ni crear, ni fundar nada, fuera de sí mismos; y así, una vez fortalecidas las crías, que no son de uno sólo, sino de todos, nada hay que les ligue ni les sujete á la playa que les ha mantenido.

Feliz es la infancia cuando no la amargan trabajos y miserias; felices los juegos al pie de la misma cuna que nos recibió al nacer; pero no es menos feliz el día en que se emprende el primer vuelo grande á costas lejanas. Todavía lleva una ventaja visible el pez viajero sobre el hombre que embarca en un buque ó sube á un vagón del ferrocarril, y es que el pez viaja con sus propios medios y sus propias fuerzas. El camino lo ha hecho él con sus aletas y su cola. Siempre he creído que el pasajero apenas viaja. Viaja el maquinista, y aun sería más viaje el suyo si no tuviera por delante los rieles y el itinerario; viaja en el «auto» el que

va al volante, y en el aeroplano, el guía. El pasajero es pasivo. No hay activo en él sino su dinero ó su astucia para hacerse llevar, lo cual es también en cierta manera un género de fuerza que proporciona ideas de plenitud, ya que el dinero y la astucia son como aletas que nos impulsan, así como el timón caudal es el interés.

Pero nuestro pez viajó por sí mismo; vió mares extraños, bosques de algas gigantescas, verdes islas flotantes, arrecifes de coral, yacimientos de esponjas, buques náufragos, y pasó por todas las emociones rudas que proporciona la alta mar. Aprendió la ciencia de esquivar las tempestades, sobre todo las mangas de agua que sorben y se llevan á las nubes á millares de pececillos para arrojarlos á muchas leguas de su ruta; comprendió que con gran frecuencia es preciso nadar entre dos aguas, por no soportar la turbulencia de la superficie ni la presión de las profundidades...

Como el viajar despeja las ideas y estimula la amistad, habló—no preguntéis cómo: las palabras no son precisas y, además, se sabe que los peces emiten ruidos ya frotando las escamas con sus articulaciones, ya por movimientos musculares reforzados por resonadores—, habló, digo, con un



Diálogo con el pez sabio

pez que, aunque chico, era ya viejo y, por lo tanto, sabio.

De él aprendió nuevas maravillas, que aumentaron su deseo de vivir y fomentaron también el orgullo de su género. El no podía imaginar, mientras vegetaba entre las blandas hierbezuelas de la costa natal, el parentesco que le unía con los grandes y temibles escualos. Le pareció, al enterarse, que aquellos héroes eran no ya modelos, sino imágenes de su propia fuerza, y alguna vez decidió templar su alma de pez chico hasta ponerla al nivel de las más grandes empresas. Bajo las aguas vivían todas las virtudes y todas las bellas cualidades del espíritu, encarnadas en formas inconcebiblemente originales, y él tenía algo de todas esas perfecciones, puesto que era capaz de comprenderlas y de aspirar á ellas.

—Pero yo siento—decía el pez chico—algo que no puedo expresar. Mis fuerzas son mayores de lo que hace falta para seguir la marcha de los más veloces. Mis dientes lo destrozan todo. Tengo energía para mucho más de lo que se le pide á un pez. Yo no sé lo que esto pueda ser.

—Sentirás como tristeza, ¿no?

—Sí. Tristeza y rabia.

—Te parecera como si llevaras un tesoro que nadie ve, y unas veces estarás loco de alegría por tenerlo, y otras desesperado por no saberlo gastar.

—Sí.

—Querrás sacrificarte, ¿verdad? Y luchar con las rocas y con las ballenas, sin saber por qué.

—Algo así.

—Pues es un mal conocido. Muchos peces lo padecemos.

—¡Imposible! ¡Si esto es algo único, tan extraño, tan mío!...

—Sí. Extraño y único, pero cosa corriente. Se llama ¡el Amor!

3.—EL AMOR MÁS PURO DEL MUNDO ES EL AMOR DEL PEZ.

Quisiera yo comprobar, una vez llegado á este punto candente de la vida del pez, si aparece ó no con bastante relieve la parte que considero cómica y que justifica el título de la historia. Si el lector juzga en serio las ansias vagamente amorosas del pez, he fracasado. Si considera que un pez chico

tiene derecho á la ilusión de amar, es de temer que se explique con la misma benevolencia y quizá con igual simpatía el resto de la historia, y ya no le parecerá cómica.

Pero, ¿voy perdiendo yo mucho en ese fracaso? ¿Va perdiendo el lector? Casi me alegraré de haber planteado torpemente el problema filosófico y sentimental de un pez contemporáneo nuestro. El punto de vista cómico es cruel casi siempre y á veces, por situarlo demasiado alto, lo hacemos incomprendible. Elevémoslo más aún y entonces también será cómica la historia del Dante y Beatriz, de Abelardo y Eloisa y de todos los amadores románticos.

Se me dirá: «Pero ese pez de usted no demuestra sino vagos y difusos anhelos cuyo fondo sexual aparece demasiado claro.» Es cierto. Yo no discuto. Me limito á contar.

Era lo que sentía nuestro amigo, tal y como se ha dicho, un vago y difuso anhelo que le llevaba fuera de sí, á regiones más nobles de las que habitualmente conmueven el corazón de un pez. Cuando se dió cuenta de su propia emoción, habían llegado ya á las costas del Norte, donde iban á transcurrir los años—los meses—más agitados de su

vida. Aguas profundas, densas; rocas basálticas que se hundían á pico; grandes y temibles aves marinas. Una existencia más seria, más varonil, como corresponde á quien ha salido ya de la infancia y empieza á sentir hondas preocupaciones. Y aclarada una parte del misterio, vió por primera vez que el mundo se dividía en dos mitades: el mundo de los varones y el mundo de las hembras. Este descubrimiento, más ó menos precoz, tiene siempre extraordinario interés en todas las especies y en todas las latitudes. Sólo con apreciar y meditar la diferencia estalló el pez chico en una explosión de amor, por el momento limitada á la consideración del ser amado y al deseo impreciso de comunicación cordial.

Pero quizá voy á dejarme llevar por un entusiasmo demasiado lírico, y doy, de antemano, mis disculpas. Nosotros también hemos sentido esa divina y angélica emoción de amor por una forma pura como la Beatriz de la *Vita Nuova*. Hemos partido hacia una meta ideal, más allá de las nubes. ¡Es muy posible que en el lector palpite todavía el recuerdo de ese momento feliz, y aun pudiera darse el caso afortunado de no haber salido de él! Pero ¡cuántos se han extraviado y se han dejado perder

por la bestia compañera del ángel! El peligro para el hombre está en el ser en que cristaliza esa pasión de raíces divinas. El Alighieri—como Don Quijote—cuidó de transportarla á una mujer ideal. Tanto vale Beatriz como Dulcinea. Pero cuando la mujer es de carne y hueso, con pasiones de mujer, cerebro de mujer, corazón de mujer, lo temible para el amor es el momento de decir: «¡Esta!» Y ese momento puede desviar para siempre la ruta, llevarnos á la abyección, á la indignidad, al crimen. Lo menos malo que puede hacer es *traernos á la realidad*, es decir, á otra meta distinta de la que nos habíamos señalado. Y aquí la maravilla. Aquí el envidiable privilegio del pez chico, que no está obligado por la fatalidad á elegir ni á que lo elijan; que no pierde nunca la ilusión de la otra mitad de su mundo; que ni siquiera necesita *poseer*. Esta palabra *posesión*, ¡qué bárbara, qué atávica! ¡Cómo nos lleva á la prehistoria y al régimen de propiedad, *utendi vel abutendi!* El no necesita poseer. Es una colaboración casi espiritual é impersonal la que mutuamente se solicitan, sin hablarse, macho y hembra. Las ovas—la futura prole—quedarán aparte; serán oportunamente fecundadas. Ningún contacto, ningún lazo que exprese carnalidad, dominio... El amor

queda, pues, en su forma más pura. Yo no me atrevo á seguir la comparación que va iniciada en estas líneas. Me divierto en pensar que este procedimiento no es obra casual de la Naturaleza, sino resultado de incesantes y dolorosos conflictos pasionales, que en el transcurso de generaciones y civilizaciones originaron el acuerdo de todos los peces y la medida más radical que puede adoptar una especie para resolver los conflictos de machos y hembras.

Y, viéndolo así, ya no puedo reirme del pez chico, que se avergonzaría de sentir como un hombre y me enviaría á repasar la historia de su especie antes de meterme á juzgar las locuras de su juventud.



III

Conocimiento

1.—SEGUNDO DIÁLOGO CON EL PEZ SABIO

A la luz del amor tomó la vida para nuestro pez chico no ya el aspecto de un grande y maravilloso espectáculo, sino el de algo más amable y más digno de ser vivido: laboratorio, campo de creación... Todos los seres le parecían compañeros, camaradas de taller, metidos en el mismo trabajo que á él le traían tan afanado. En el delirio de su júbilo se olvidaba de lo que no fuera la misión creadora. ¿A quién no le ha ocurrido algo semejante sin ser pez? Nos olvidamos de todo en esos trances placenteros. Prescindimos de la prudencia y hasta del instinto de conservación. Tenía el pez la ventaja de que su enajenación no recaía en perjuicio de tercero, como suele ocurrir al hombre cuando abandona por el placer otros deberes, ni le apartaba de ningún camino, pues la bandada sólo había ido á aquellas

costas para eso. Y, en cambio, tenía en su contra grandes peligros que nosotros no corremos, cuando, en los momentos de efusión sentimental, pensamos, á la manera platónica, en la Belleza y en el supremo Bien y consideramos á todos los hombres como hermanos.

Fué el pez sabio quien se encargó de advertirle un día:

—¡Cuidado, amiguito! Creo que abusas. Estás muy metido en faena, y eso no puede parecerme mal; pero, cuando sales, caes en éxtasis de felicidad que no considero naturales.

—¿Qué hago? Yo no me entero.

—Comprendo que hayas perdido el color, porque hay una época en que á todos nos pasa; pero ese frenesí tuyo, esa alegría desatada, y, sobre todo, esos éxtasis, ponen en peligro tu vida.

—Yo no hago daño á nadie. Cumplo el fin para que he sido creado. ¿Quién va á pensar en hacerme daño á mí?

Aquí el pez viejo se indignó y le corrieron por todas las escamas unas irisaciones púrpura.

—¿Quién? ¡Pero, entonces, has olvidado ya lo que saben hasta las crías! Eres un pez chico. Tienes que huir de todo lo que se mueve y de todo lo

que está quieto. Nada más que de esas dos cosas; pero sólo así podrás conservar la vida. Y si te quedas como muerto, entre dos aguas, pensando en tu felicidad, te entregas estúpidamente de una manera indigna de un pez chico. Es preciso que retardes todo lo posible tu destino fatal.

—¿Cuál es mi destino fatal?

—Morir.

Toda el alma sencilla del pez chico se conmovió al oír aquella palabra tan inoportuna. Lleno de profunda aflicción, porque el ejercicio continuo del amor le había hecho demasiado sensible y propenso á las emociones, exclamó, lamentándose:

—Ya sé que mi destino es morir. Pero, ¿á qué amargarme estas horas de descuido y de felicidad? ¡Falta tanto tiempo todavía!

—Sí: Tú practicas aquello de «bástele á cada hora su propio afán». Lo has oído decir, sin duda.

—No.

—Algún pez de la costa de Palestina te ha transmitido ese error, disculpable en el hombre. Si nosotros lo admitiéramos, no quedaría ya uno solo de nuestra especie. Tu afán hoy ya sabemos cuál es, y, en efecto, te parece que basta; pero el pez chico tiene que afanarse, además, por conservar la vida.

Es tan importante como reproducirla. Apréndelo, puesto que tu conducta acredita ignorancia. Desde que las aguas se separaron de la tierra, el pez chico no ha podido ver todavía cuál es el término natural de su vida. Todo pez chico muere de muerte violenta. Nada hay en su naturaleza que le impida vivir siglos y millares de siglos; pero se conjuran contra él todas las fuerzas de la creación, y, sin contar al hombre, su más temible enemigo es el pez grande.

—Eso lo sé.

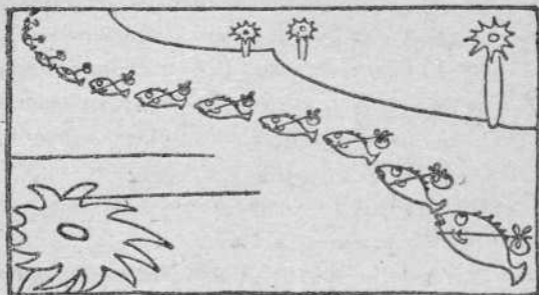
—El pez grande acaba por comerse al chico.

—También lo sé.

—¡Pero es que esto ocurre fatalmente, inexorablemente! Una cosa es saber las cosas y otra sentirlas. Si lo sabes, ¿por qué permaneces en éxtasis ante el peligro? Tan temeraria es esa conducta como la idea de que todos los seres que poblamos el mar somos artesanos del mismo oficio, camaradas de la gran fábrica de la vida. Descúdate, y el camarada no tendrá sino abrir la boca y devorarte. Por eso, es un crimen para con la especie olvidar nuestra táctica: el ojo alerta y la fuga al menor movimiento y al menor ruido. Si no te basta saber que es tu naturaleza, te diré que es tu deber. No huir es una prueba de debilidad y cobardía, apenas conce-

bible entre nosotros, que citamos nuestro pundo nor precisamente en la vigilancia y en la prudencia.

2.—EL AMOR Y LA MUERTE



Era la época en que toda la banda de peces chicos, llegados ya á la plenitud de desarrollo, volvía á tomar la gran ruta oceánica hacia costas más tibias. Nuestro pez aguardó, como aguardan los nuevos, que fueran en cabeza los guías experimentados. Ya había corrido una voz misteriosa por el fondo de las aguas: empezaban los hielos y muchos hermanos se quedaban prendidos en los entrantes de la marea. Buscó á los más viejos. No había ninguno. Acudió al pez sabio, y el pez sabio había desaparecido también.

—¿De qué sirve—pensó—la más profunda sabiduría, la vigilancia, la prudencia heráldica, si el destino del pez chico es que se lo coma el pez grande? Mi maestro hablaba muy bien y sus consejos no los olvidaré nunca; pero esta vez no ha sabido huir. No queda rastro de su existencia; no veremos sus huesos. Nadie se acuerda tampoco de él como de los padres que faltan. Nuestro destino es muy duro y casi preferiría no conocerlo.

Pero como nadie se resolvía á ser el primero, nuestro pez aguzó sus sentidos y, orientándose con todas sus potencias, que los hombres llaman instinto, emprendió la marcha, con lo cual le siguieron todos y la bandada salió á tiempo de unirse en alta mar con otros emigrantes. Tuvo entonces idea de otra cosa digna de conmover el corazón de un pez: la responsabilidad. Procuró apartar á los suyos de cuantos peligros conocía, unos por haberlos esquivado al ir, otros por noticias que le habían transmitido los viejos. Todos debían tener la misma ciencia que él, pues habían seguido á los padres en aquella ruta. Sin embargo, como entre los hombres, hay entre los peces quien nace para guiar y quien nace para ser guiado. Cumplía su deber, sin atributos de dignidad y sin título ni honores. Por donde

él iba seguían los demás, con plena fe de que al guía no le engañaba su instinto de viajero, así como á ellos ~~no~~ les engañaba su instinto para elegir guía.

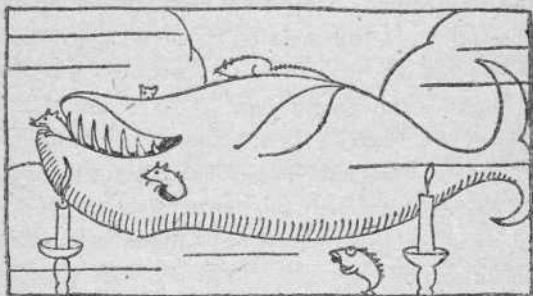
Y, ~~sin~~ embargo, las aventuras del viaje, las terribles persecuciones de que les hacían objeto los peces ~~dañinos~~, las fieras del mar y los hombres, no les absorbían todo su tiempo, y muchos ratos meditaba:

—¿Adónde los llevo? Vamos á una playa suave y ~~templada~~ donde nacerán nuestros hijos. Pero, en suma, ~~vayan~~ donde vayan, ¿qué harán sino crecer para que un pez grande se los coma? Morir por cansancio y por vejez es fin que ninguno de nuestra especie ~~ha~~ logrado todavía. ¡Quién sabe lo que haría de ~~nuestros~~ una vida larga y tranquila! Pero nos acechan, nos persiguen por todas partes, y los que más se ~~casan~~ con los peces chicos son los que debieran ~~ten~~erles afecto fraternal. Son los hermanos grandes, los de especies próximas, quienes tienen ~~declarada~~ guerra sin piedad á los peces chicos. Un día, un mes, un año de vida, y luego la muerte siniestra, la sorpresa, el crimen...

Otras veces pensaba que cualquier género de muerte es malo, incluso la vejez, y cualquier plazo, por largo que sea, espantable; y hasta hubo oca-

sión en que se le ocurrió la idea desconcertante y un poco cómica de que si á los peces chicos les dejaran crecer y hacerse grandes, devorarían peces chicos también, porque esta es la ley que rige el mundo.

3.—HISTORIA TRÁGICA DE UN PEZ GRANDE



Una noche, navegando todavía por el mar boreal, mi pez vió flotar el cadáver de la ballena de Niels Andersen, es decir, la ballena de Enrique Heine. Primero creyó dar con una isla; luego, con una ballena viva, lo cual le produjo terror, y, por último, comprobó que se trataba de una ballena muerta. Sólo le faltó identificarla y ver que era, en efecto, la ballena de Heine, aquella que tenía

bajo la piel yacimientos y capas de grasa de tal espesor que habían hecho nido en ella centenares de ratas de agua. Yo no me atrevería á utilizar en mi relato á este «chimborazo de los animales», consagrado por la genial irreverencia del poeta, si no fuera porque me parece interesante su reaparición después de un siglo en que se le pierde la pista. Discúlpeme también el hecho de que no voy á hablar de la ballena, sino de una vieja rata de agua que había contribuído á torturarla y probablemente á ábreviar su vida.

Esta vieja rata de agua, viendo el asombro producido en la bandada de peces chicos por el espectáculo más gigantesco que puede ofrecer la muerte en la tierra y en el mar, contó á quien la quiso oír la siguiente historia:

—Este era un tiburón carnívoros que corría la costa de Africa ayudando al comercio de ébano. Nadie puede dar idea de su voracidad. No se contentaba con partir dos negros de una dentellada, sino que consumía toda clase de presas, aun siendo de la propia familia de los tiburones. Era mozo de vigor increíble en la cola, en los dientes y en el estómago, así como de absoluta carencia de prejuicios; pero como iba sembrando por todas partes

el espanto, á veces no encontraba un ser vivo en muchas brazas á la redonda, y esto le ocasionaba gran melancollía. «Huyen de mí—pensaba—; es evidente que aquí no se me quiere.» Y su primer ataque tenía ya el carácter de una venganza feroz.

Ocurrió, sin embargo, que como todos tenemos, hasta las ratas y los tiburones, un espíritu de justicia cuando no estamos irritados ó hambrientos, el tiburón de la historia comprendió que si le aislaban y le hacían el vacío, era por algo. Entonces se fué á ver al médico de los tiburones, y le dijo:

—Esto me pasa. Lo devoro todo. No hay nada que pueda saciarme y necesito tener siempre algo en que clavar los dientes. Todo el mundo se asusta de mí, sin comprender que debe de ser una enfermedad.

—Es, en efecto, una enfermedad: excesiva energía de los jugos gástricos. Le conviene á usted un régimen.

Pero ese régimen no lo pudo seguir, porque lo que convenía á sus jugos gástricos era digerir cuantas cosas el tiburón las echara fauces adentro, y la voracidad iba aumentando y el pez llegó á ser grande como esta ballena y ágil como un delfín; el arma más brava y más segura que pudo



crear el Dios de los tiburones para defender causas justas y no para comerse á sus hermanos y á su padre. Paseaba por el mar, espumándolo y limpiándolo sólo con su presencia, y cuando estaba lleno hasta los dientes, se le pasaba la cólera y dedicaba algunos minutos—el tiempo de la digestión—á pensar en sus víctimas. ¡Grave error!

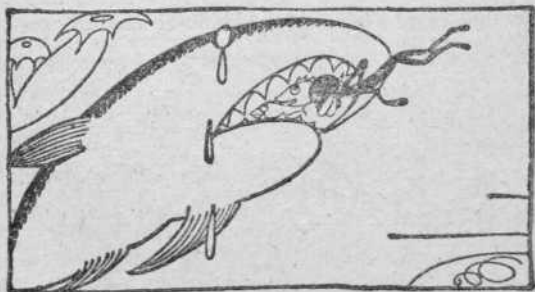
—Estos desgraciados seres—decía—no me comprenderán nunca. Si por algo merecen ser devorados, es por el estúpido terror que sienten al verme. Me tratan como á un criminal, sin ver que no hay crimen cuando no hay intención, y yo no mato, sino que me alimento. Huyen de mí como si les odiara. Pero estudiándome bien, yo no veo en mí rastro de mala pasión hacia ellos. No les odio, y

si alguna vez se me inyectan de sangre los ojos, es por el ardor y el entusiasmo de la lucha.

Digo que esto de pensar en sus víctimas era grave error, porque lo malo es empezar, y ocurre con el pensamiento lo que con el apetito: que viene comiendo. Una vez, sintiéndose feliz, ágil, vibrante y en tensión para grandes hazañas, pensó en lo hermosa que es la vida y en la felicidad de ser dueño de unos órganos tan perfectos y de pasear como un rey por el mar más bello del mundo. Pero de pronto le asaltó la idea de que también sus víctimas eran felices, gozaban la belleza del mar y de la luz, el dominio de sus miembros y la libertad de manejarlos, es decir, todas las alegrías de la vida. A partir de aquel momento, estuvo perdido y es indudable que algún pez insidioso y maligno le sugirió desde el vientre esa compren-



slón respetuosa de las vidas ajenas; porque si bien es cierto que el tiburón no dejó de tragarse con la misma voracidad hasta las anclas de los buques, también lo es que lo hacía con disgusto y sólo por obedecer á su naturaleza. «Terrible destino el mío!—pensaba—¡Triste de mí que he nacido para devorar!» Y cuando le acometían tan melancólicas ideas, sentía deseos de comunicar á alguien su estado de espíritu para que por lo menos le compadecieran, ya que no era posible remediarle. Corría á buscar consuelo, trato social; pero como todos escapaban, suponiendo que no venía de conversación, sino de caza, el pobre tiburón entraba en cólera y, en efecto, cazaba. Así llegó su fin.



Yo, rata sabia, tan vieja y tan chica como soy, he visto descuartizar en tierra firme el cuerpo de este monstruo, que no murió de arpón, sino devorado por los remordimientos. Los marineros decían que le habían devorado los parásitos; pero todas las grandes afecciones morales capaces de matar á un hombre y á un tiburón buscan estos pequeños motivos para que se satisfaga el sentido práctico de los marineros.

Y no dijo más la rata sabia.



IV

Aparición del terrible verdugo en el esplendor de la Naturaleza

1.—EL TERROR.—ESCENAS CÓMICAS

Volvió la bandada al rincón más delicioso del mundo, á la playa de Citerea. Además de ser playa de amor, era el lugar donde habían nacido y donde transcurriera su infancia, y así estaba lleno de conmovedores recuerdos. ¿Qué más puede desear un mortal, aun siendo pez? El presente, tibio, luminoso, placentero. El pasado, á la vista, no como en un viejo libro de estampas de colores lejanos, infantiles, sino revivido y centelleante.

Pues mi pez se envenenaba el presente y el grato recuerdo del pasado por pensar en el porvenir. Veréis cómo... Pero, ¿necesito explicarlo? Se envenenaba el presente y el pasado por el temor al pez grande y á la muerte, con el mismo veneno que ha causado la infelicidad de tantas almas escogi-

das. Y ¿no es esto cómico tratándose de un pez? Una cosa minúscula, imperceptible en el inmenso mar de la vida, quiere que sus huesecitos, sus arterias, sus escamas tornasoladas, sean inmortales. Para desorientarse á sí mismo y fingirse valiente y desinteresado, habla del alma y aparenta despreciar la materia; pero es al cuerpo, á la sangre tibia y á las ideas nacidas de la sangre tibia á lo que ha tomado cariño.

Imaginemos que el pez muere: ¿no quedan en la playa millares de hermanos y de hermanas con millones de huevas para asegurar su especie? Imaginemos más: es la especie que desaparece. ¿Qué importa? ¿Por qué ha de tener el mundo necesidad precisamente de esa especie de peces chicos? Otras más interesantes han desaparecido y á nadie le ha importado.

—Pero es que la Vida...—piensa el pez.

¡Ah, la Vida!... Sí. Esto es lo cómico. Hablar de la Vida cuando lo que le estremece al pobre pez es la idea de ver apagarse su propia, pequeña, minúscula y despreciable vida.

—Es que la Vida dejará de ser algo cuando desaparezca yo. Me rebelo ante la idea de que este movimiento mañana ya no lo podré hacer, porque

habré entrado á formar parte de la sangre de un tiburón. Quiero ser como soy: pez chico; pero sin que me inquiete ese fantasma que viene ya hacia mí con las fauces abiertas.

Hubo un momento en que el pez chico quiso luchar y convertirse por autosugestión en una fiera temible que supiese poner respeto, y hasta parece que hizo algunos ensayos, lógicamente fracasados. Es bastante difícil variar la naturaleza, y aunque un pez chico pueda disponer en guerrilla todas las fuerzas espirituales de una moral heroica, le faltarán los dientes y la masa. Luego, quiso conformarse con una doctrina de relatividad que consistía en no pensar en la escala de seres superiores que podían devorarlo á él, sino en los otros, más desventurados, ó más pequeños todavía, á quienes él podía devorar.

Y luego empezó el período inquieto y alucinante del Terror. El Terror consciente y razonado, el Terror filosófico y fundamental á todo lo que se mueve y á todo lo que está quieto... Período de pavor loco y desenfrenado, cuyas escenas cómicas yo describiría si no fuera por un pudor de hombre que sabe disculpar las debilidades de los peces chicos.

2.—MELANCOLIA DEL PLACER

De esta manera, filosofando sobre ideas tan negras, la playa de Citerea iba convirtiéndose para el pobre pez chico, á pesar de las arenas de oro y el espléndido sol, en una ribera de la laguna Estigia. Gozaba del amor, de la blandura de la luz y, sobre todo, del tibio ambiente que le penetraba hasta la médula. Era una vida colonial, muelle y privilegiada la que llevaban los peces en aquella divina costa. Y, sin embargo, todos sus actos y sus pensamientos estaban traspasados de melancolía.

Se empeñaba en volver las palabras de su sabio consejero, así como la historia de la rata y sus experiencias personales, de manera que demostrasen la inutilidad del amor, la esterilidad de la fecundidad, es decir, la especie condenada al tormento de Penélope. Tendía la mirada y esta imagen clásica del tormento de Penélope le hacía sonreír. ¡Perdón! La sonrisa es posible en mi pez, que ha demostrado ya en el curso de esta historia tantas y tan diversas dotes. Le hacía sonreír porque sus hermanos y hermanas estaban bien lejos de considerar aquello como un tormento. Pero no ellos sino él, era quien se apartaba de la sabiduría, volviendo sobre cosas

ya juzgadas y resueltas por la especie. Porque bueno es saber que los peces han tenido una época de inquietudes intelectuales, vencidas y superadas hace ya muchos siglos. Antes no era único este caso de un pez con ideas propias sobre la vida, sobre la inmortalidad, sobre el destino del pez en el fondo de las aguas. Ello traía consigo desconcierto, desavenencia, malestar... Fueron precisos varios ciclos y millares de siglos de civilización para ponerse de acuerdo acerca de todas las cosas que pueden asaltar el alma de un pez y de todos los casos que pueden presentársele en el curso de su vida. Así han llegado desde la infancia, dentro de cada especie, al paraíso de la unanimidad. Mientras que el hombre—nadie lo ignora—está todavía en el período polémico, en la controversia consigo mismo, es decir, en un retraso de cultura que le proporciona grandes penalidades, aunque esas mismas penalidades lleven un fondo de voluptuosidad.

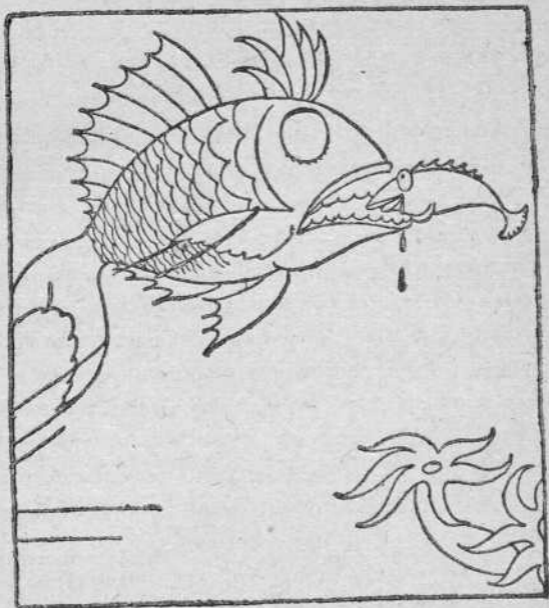
Y en esta melancolía, con la cual acabó por encariñarse, el pez chico desperdiciaba como salvaje é ignorante el gran regalo de la vida. Por quererla demasiado no la podía disfrutar. Una divina chispa que brota, espontánea, venida no se sabe de dónde, que volverá á apagarse y que tiene calor y luz hoy,

pnada más que hoy! Y que, sin embargo, el melancólico pez se obstina en imaginar apagada ya cuando no sea calor ni luz.

3.—APARICIÓN... FINAL

Vino magnífico, espléndido, deslumbrante... No era basto de líneas ni repulsivo de aspecto como el tiburón—fuerza grosera, energía bruta—, sino armonioso y perfecto desde el penacho que coronaba su cráneo hasta el bipartido apéndice caudal. Parecía un dios. Era como un guerrero, con yelmo y armadura de plata, lucientes en el claro fondo verdemar, con mil cambiantes y tornasoles, como armas de fiesta y de torneo. Unas algas rojas, corallinas, se habían quedado prendidas entre las aletas, y era como si trajera gallardetes y gualdrapas de color encendido, que iba sembrando al caminar majestuoso, con impulsos lentos.

Sintió el pez chico, sólo con verle, viva admiración y, en cierta manera, aquel orgullo de habitante del mar que le alegraba en su adolescencia y que le hacía permanecer en éxtasis ante la belleza del mundo. Como un relámpago pasó por su memoria el consejo de aquel pez sabio, malogrado, no



Fin del pez chico

por falta de prudencia, sino por obra de la fatalidad. Pero no quiso huir, sino proceder con nobleza, confiado, espontáneo y leal.

Y el caballero gentil abrió la boca; con lo cual, sin estremecerse en el agua ni una sola onda, se cumplió una vez más el destino del pez chico.

FIN

ÍNDICE

I.—DESCUBRIMIENTO DE LA NATURALEZA.

- 1.—Esto es muy confuso.
- 2.—Infancia.—Unanimidad.
- 3.—Viaje aéreo.
- 4.—Viaje al Sol.

II.—SENTIMIENTOS INEFABLES.

- 1.—La alegría de vivir.
- 2.—Primer diálogo con un pez sabio.
- 3.—El amor más puro del mundo es el amor del pez.

III.—CONOCIMIENTO.

- 1.—Segundo diálogo con el pez sabio.
- 2.—El Amor y la Muerte.
- 3.—Historia trágica de un pez grande.

IV.—APARICIÓN DEL TERRIBLE VERDUGO EN EL ESPLENDOR DE LA NATURALEZA.

- 1.—El Terror.—Escenas cómicas.
- 2.—Melancolía del Placer.
- 3.—Aparición... final.

La Novela Semanal

Precios de suscripción

(PAGO ANTICIPADO)

MADRID

Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.
Semestre 7 —

EXTRANJERO

Año 20 ptas.
Semestre 12 —

PORTUGAL

Año 14 ptas.
Semestre 8 —

Los señoras suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal, sellos de correos ó sobre monedero



¿Quiere usted
 asegurar una rápida conva-
 lecencia y evitar recaídas?

Nutra usted su sangre é infiltre vida
 en su organismo, tomando el poderoso
 antianémico y riquísimo reconstituyente

Jarabe de
HIPOFOSFITOS SALUD

Más de 30 años de éxito creciente

Unico aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta
 exterior Hipofosfitos Salud, impreso en tinta roja.

En la ARGENTINA pídanse **HIPOFOSALUD**

Lea usted

Los miércoles

“Mundo Gráfico”

Los viernes

“Nuevo Mundo”

Los sábados

“La Esfera”



*De cómo yo preparo
una deliciosa natilla económica
durante la carestía
de los huevos*

Compro en una tienda de comestibles un cartón de

POSTRE IDEAL

De aproximadamente un litro de leche separo una tacita, en la que deslío uno de los cuatro paquetes que contiene el cartón. El resto de la leche la hago cocer, añadiendo azúcar y sal á voluntad. Cuando está hirviendo la retiro del fuego y mezclo la leche que tengo preparado. Luego pongo todo otra vez al fuego, removiendo constantemente hasta que se forme la natilla. Antes de servir se mezcla bien la nata que se ha formado encima de la crema.

**CARTÓN PARA CUATRO LITROS DE NATILLA
UNA PESETA**

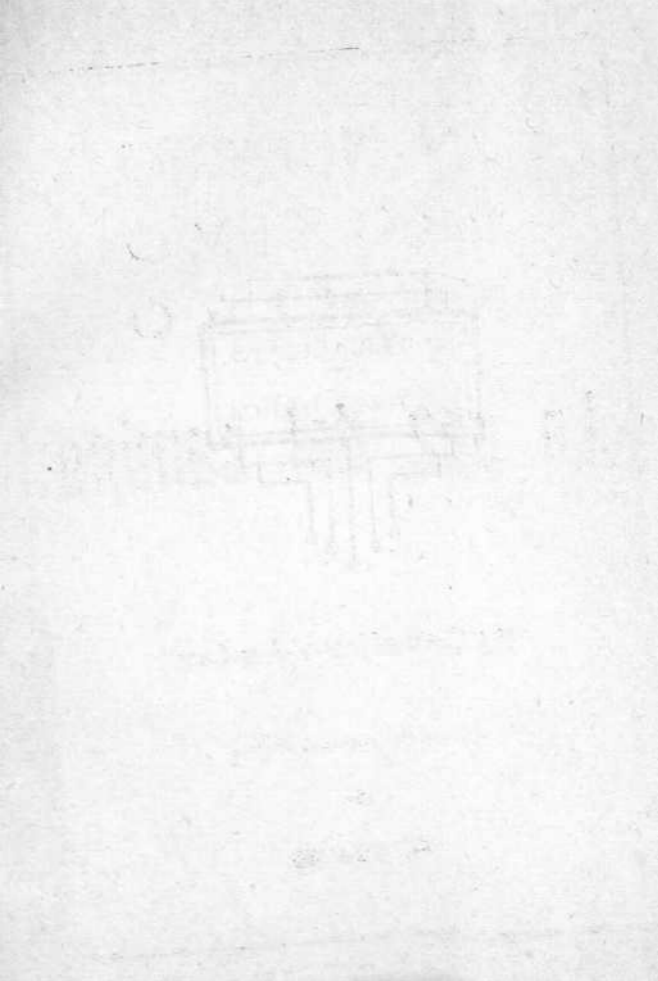
Económico :: Nutritivo :: Sabroso

GUSTOS: Vainilla, Limón, Almendra, Chocolate

Compañía de Productos Alimenticios (S. A.)

SAN SEBASTIÁN





1500 -

EN NUESTRO
PRÓXIMO
NÚMERO

La paz del camino

por

"El Caballero Audaz"

Ilustraciones

de

RIBAS